

Turismo/12

Bolivia, una recorrida por sus principales ciudades da la posibilidad de hacer turismo por encima de los 3000 metros sobre el nivel del mar

Ciudades del Altiplano

Un mundo colonial en las alturas de La Paz

Tan callejera como bulliciosa, La Paz reúne las cualidades de una ciudad moderna con las tradiciones del pueblo indígena boliviano.

(*Por J. G. H.*) Tal como en otras ciudades del Altiplano boliviano creadas en épocas virreinales, también en La Paz la atmósfera típicamente colonial es mágicamente recreada por espléndidos edificios de la época, como la imponente catedral, en su estilo renacentista, el Hotel Torino, y otras construcciones barrocas.

Cuántos susurros y promesas a hurtadillas de amores prohibidos o amantes furtivos podrían delatar hoy aquellas impotentes y olvidadas rejas. Cuántos generales de buena fortuna habrán evocado con cariño los aposentos frescos y oscuros desde el calor y la inquieta ansiedad de alguna batalla por la independencia. Cuántos indios esclavizados como sirvientes de "casas decentes" habrán olvidado lo afortunado de su condición provisoria al poder evadirse de los penosos trabajos en las minas, imaginando secretamente cercanas revueltas y sublevaciones lideradas por sagradas huacas, vengativas y justicieras.





Una de las fachadas coloniales de la ciudad (derecha). Para caminar tranquilo, por la vista y por la altura.

Las ruinas de Tiahuanaco (arriba), una muestra del glorioso pasado de los incas que vivían en lo que hoy es Bolivia.

El visitante podrá internarse en este mundo histórico y colonial durante el tiempo que dure su soñadora caminata por un par de cuadras preservadas con ese sentido. Pero en eso, dará la vuelta a una esquina y se encontrará violentamente con la nueva realidad de la capital legislativa y ejecutiva boliviana. Empezará a ver una ciudad nueva, moderna, pero en un sentido peculiar, muy local. Dejará de ver casas coloniales suntuosas para ver casas construidas con ladrillos de adobe, tal como se construyen en el campo. Junto a éstas, verá edificios modernos de dudoso estilo arquitectónico. Sobre concurridas veredas empolvadas, verá cholas (campesinas emigradas a la ciudad que se dedican al comercio al menudeo en las calles) instaladas sobre el piso con multicolores mercaderías en exposición, no sólo al público, sino también al sol, durante todo el día y, muchas veces, la noche también.

Observará la pobreza y la humildad de esta gente, pero notará también la increíble vida diurna de esta ciudad indígena moderna. Verá las colorinches y numerosas polleras superpuestas de las campesinas, con sus chales sobre la espalda (quizás envolviendo a un niño), sus zapatitos bien lustrados y sus oscuros sombreros hongo sobre negras, lacias y largas trenzas. Al proseguir su marcha por las calles de esta ciudad ruidosa, es probable que se sienta acobardado por el constante tumulto hecho de gente y de autos, agravado por el hecho de haber veredas casi simbólicas. Coches viejos con choferes cascarrabias tocando impacientes bocinazos en las esquinas recordarán al porteño las mañas de sus propios pagos.

Logrando sortear los obstáculos más fastidiosos de tráfico automovilístico y humano, el visitante pasará entonces junto a alguno de los mercados que se improvisan cuando varios campesinos se reúnen en una calle para vender sus productos: hay mercados de carne (sin ningún tipo de refrigeración más que la del clima), de frutas y verduras traídas de las yungas, de harinas y especias, de artesanías, de discos y casetes, de ropa, libros viejos y hasta de ataúdes.

Todo este paseo, hasta el momento, habrá tenido lugar, seguramente en la zona norte de La Paz. Es ésta una ciudad muy peculiar, puesto que está asentada sobre la falda de un gran cañón creado naturalmente por erosión glaciaria. Por eso, es fácil imaginarla con la forma de una gigantesca olla, con un millón de habitantes situados entre los 3000 y los 4000 metros sobre el nivel del mar, donde las partes altas son ocupadas por industrias y gente de bajos recursos, mientras que la parte baja es zona más residencial. El valle está atravesado por una gran vía principal, el Prado, que sigue el curso del río Choqueyapu, la mayor parte del cual fluye actualmente bajo tierra.

Por esta avenida hacia el sur, el visitante se encontrará repentinamente con una realidad diferente a las demás: una más moderna, de bancos y comercios con local propio y con hombres extranjeros, de edificios estatales refaccionados, hoteles de mayor categoría, de gente vestida de *jeans* y camisa a cuadros, o con traje. Gente que tiene mucho que hacer, negocios que atender. Es el tráfico, más ordenado, predominarán las vans último modelo y las veredas serán ahora anchas y limpias, sin puestos de cholas sino con galerías de arte y artesanías que aceptan tarjetas de crédito. Por la noche verá brillar los carteles luminosos y se reflejarán las luces en los vidrios espejados de los edificios elegantes. Unas cuadras más adelante, la presencia de un clima un poco más juvenil y agitado, pero no muy diferente al anterior. Ni hablar si decidiera continuar su paseo más hacia el sur, para lo que nuestro viajero tendría que tomar un taxi o un transporte público. La zona residencial de clase alta, la Zona Sur, consiste en una serie de barrios de casas de estilo moderno extranjero, rodeadas de jardines parquizados pero con murallas y seguridad privada. El orden y la limpieza y el escaso tráfico de esta zona dan una sensación de confort y tranquilidad que choca con el recuerdo de una ciudad tumultuosa.

En definitiva, al finalizar su recorrido, el visitante sentirá probablemente una gran confusión cuando trate de dilucidar en su mente cuál es la conclusión de todo lo que ha visto (y que este recuento, de seguro, no habrá alcanzado a abarcar). ¿Cuál es la esencia de La Paz?, se preguntará. Pues tiene, por un lado, la presencia muy marcada del cholo, descendiente de indígenas, campesino que ha emigrado a la ciudad sin adaptarse del todo a ella. Pero siendo capital del país, también está el hombre moderno, para quien el tiempo es dinero. Y el estudiante, preocupado por el destino boliviano y latinoamericano. Pareciera que cada grupo se apropia de un sector de la ciudad y lo transforma con su estilo, con su forma de vivir. Y eso es justamente lo que llama la atención, lo que confunde y cautiva. Lo que invita a recorrer y descubrir, a ser testigo de una ciudad con "trauma" de personalidad múltiple. Una ciudad divertida, llena de recovecos por donde escabullirse con la creciente curiosidad de desvelar el misterio de la vida cotidiana de este pueblo tan indígena, tan distinto, pero a la vez con facetas tan fascinantemente parecidas al nuestro.

Paceñas

Qué conocer de la ciudad: mercado de artesanías, la iglesia de San Francisco, el museo de Metales Preciosos Precolombinos, el museo del Litoral Boliviano, el museo Casa Murillo y el Museo Costumbrista Juan de Vargas en la zona vieja de La Paz y el Museo Arqueológico de Tiahuanaco. Para la noche, el Correo Central es un punto de encuentro para desde allí marchar a bares como La Luna o la pizzería Eli's. Para almorzar, el Hotel Gloria ofrece menúes económicos y de muy buena calidad (a U$S 5 el plato). En el mercado, las comidas poseen precios irrisorios. Una gaseosa pequeña se cotiza a U$S 0,30, la unidad. Cuatro a cinco es un número aceptable de días, como mínimo, para recorrer La Paz.

Fuera de la ciudad: el Valle de la Luna (a 10 km de La Paz); Chacaltaya –pista de esquí– (a 35 km). Luego, Tiahuanaco, el yacimiento arqueológico más importante de Bolivia. Para excursiones de trekking, la trayectoria de El Choro requiere de 4 días de marcha y transita desde la alta montaña a la selva (el servicio guiado y de porteo cuesta aproximadamente U$S 80). Coroico y Sorata son dos bellos pueblitos para conocer.

Información turística en La Paz: La Dirección Nacional de Turismo (Dinatur) provee buenos datos y un mapa para recorrer la ciudad en la calle Mercado 1328, piso 18, o en el teléfono (00-591-2) 358213. Además ofrece detalles sobre destinos de las afueras de la ciudad.

LA RIQUEZA DE POTOSI

La tierra del oro y plata

Lenta, pausadamente, así se deben recorrer las ciudades bolivianas.

Rápidamente se notará que uno anda sobre los 3.000 metros.

La visita a la ciudad de Potosí significa acercarse al centro económico desde el cual se organizaron el resto de las urbes bolivianas de importancia. No se ha agotado aún el esplendor de antaño, por lo que al recorrer la ciudad se podrán observar numerosas muestras de todo lo que la ambición del hombre pudo robarle al Cerro Rico.



(Por Julieta García Hamilton)

En pleno Altiplano boliviano, sobre un paisaje vasto y rojizo, se yergue una de las ciudades más altas del mundo. A casi 4000 metros sobre el nivel del mar, la ciudad que fue hace unos 400 años la más grande y rica de toda la América española: Potosí, la Hermosa, la Imperial, la Babel de Baab y Belcebub, reclama su lugar en este mundo. De su Cerro Rico, hoy casi hueco y muy parecido a un hormiguero gigante, salió entre los siglos XVI y XVII tanta plata como para hacer un camino desde el centro del Altiplano hasta el mismo Madrid.

A modo de ejemplo, la población del Potosí hoy en día es la mitad de lo que representaba en su época de esplendor, alrededor de 106 mil, cuando alcanzó a tener unos 200 mil habitantes. Mucha de la riqueza que enloqueció de alegría a tantos españoles del nuevo continente y de la península es discernible hoy en día en los fastuosos edificios religiosos y administrativos construidos en la era de la minería de plata, que permanecen casi intactos. Las exquisitas mansiones coloniales, con ornamentados balcones barrocos, en los alrededores de la plaza 10 de Noviembre, la Catedral o la iglesia de San Lorenzo, son algunos de los edificios más llamativos y mejor conservados de la ciudad. También es fascinante la fachada de la Casa Real de la Moneda, que actualmente funciona como museo. Su edificio, que ocupa toda una manzana, fue construido entre 1753 y 1773 para controlar la acuñación de monedas coloniales directamente allí donde se extraía el metal. Es una de las principales atracciones de la ciudad, porque contiene máquinas de madera para cuñar que datan de los tiempos coloniales y que aún pueden funcionar, aunque no se las utiliza desde los años cincuenta. También hay una galería de arte religioso, un impresionante altar laminado de oro de la Iglesia de San Francisco, reliquias bélicas de las numerosas guerras y escaramuzas bolivianas, artefactos de Tiahuanaco, y hasta la primera locomotora que se utilizó en el país. Un paseo por las serpenteantes y a veces empinadas callecitas de esta ciudad, junto con la visita a la Casa de la Moneda, entonan al viajero para seguir disfrutando de esta ciudad misteriosa. Eso sí: el paseo deberá ser acompañado de abundante abrigo, ya que el frío seco de la noche congelará los huesos del desprevenido.

Además, el paso deberá ser pausado, prudente, para no apunarse.

Toda la ciudad está construida al pie del Cerro Rico, o Cerro Rojo, principal fuente de riqueza minera de la región. Este cerro fue descubierto por los españoles en 1545, pero ya antes era primitivamente explotado por los indígenas. Una de las leyendas que circulan hoy sobre sus orígenes cuenta que el cerro fue descubierto por un indio por pura casualidad. Pastando a sus llamas en la zona, lo sorprendió la noche y decidió pernoctar allí, hacía frío por lo que encendió una fogata, y a la mañana siguiente, entre las cenizas, vio que el calor había derretido una veta de plata en la tierra. Comenzó a explotar la mina junto a su compadre, pero aquél era muy ambicioso, por lo que el indio decidió hacer intervenir a los españoles en el pleito. Grave error, porque entonces los españoles se apropiaron del cerro. Pero el escritor Julio Torres, en su novela *El Oro de los Césares*, nos cuenta otra divertida versión de los hechos: una noche del crudísimo invierno de 1944, Diego Huallpa, indio, cuarentón curtido y borrachín, andaba mimoso con una de las llamas sobre las que cargaba grandes bolsones de maíz de Chuquisaca. Entonado con media botella de aguardiente, se acercó a su llama preferida pero sus románticas intenciones se vieron frustradas por la espantada que pegó el animal, arrancando de cuajo el matorral de paja al cual el indio la había atado amorosamente. El enojo de Diego sólo cedió cuando vio, a la luz helada de la luna, los larguísimos hilos de pura plata que parecían brotar del desgarrón del suelo y que lo liberarían para siempre del trabajo.

Sea cual fuere el verdadero origen del descubrimiento, lo cierto es que los siglos que siguieron después fueron testigos de una explotación tan impresionante en sus réditos materiales como cara en vidas de indígenas. Unos seis millones de indios fueron tragados por la vorágine del agujero negro en un siglo.

El visitante que conoce este dato y que reconoce la importancia de la Villa Rica para la economía mundial en los orígenes del capitalismo, no puede evitar estremecerse cuando realiza la excursión guiada al interior de las minas. Las numerosas y competitivas agencias de turismo apostadas sobre las calles cercanas a la plaza principal ofrecen (a precios regateables) esta interesantísima posibilidad. Desde la Revolución Boliviana de 1952, las minas son en parte explotadas por el Estado y en parte por una cooperativa. Las condiciones laborales, sobre todo en las últimas, son espantosas todavía hoy.

La recorrida por las minas coronará la visita a la ciudad. En las afueras, a unos 25 kilómetros hacia el norte, podrá aprovechar para relajarse en la agradable pileta termal de Tarapaya. De paso, el viaje hasta allá mostrará un costado distinto de Potosí: la zona cultivada, que ofrece más tonalidades diferentes a la vista del que se ha entristecido con el desértico paisaje del Altiplano.

También desde Potosí es posible contratar en las agencias de viajes una excursión al siempre bien ponderado Salar de Uyuni, situado al oeste de Potosí, y famoso por sus edificios hechos de sal y los fabulosos efectos de las partículas salitrosas producidos por los rayos del sol.

No hay duda de que Potosí no es hoy lo que fue en los siglos XVI y XVII, o más tarde, en la primera mitad del siglo XX, durante su resurgimiento a raíz de la producción de estaño. Sin embargo, sigue siendo la ciudad industrial líder de Bolivia, con su producción de bebidas suaves, muebles, productos eléctricos y mosaicos, que complementan la industria de minería y refinación.

Hawaii, siempre en la cresta de la ola

Las islas de Hawaii conforman un universo que trasciende a las conocidas Honolulú o Waikiki, con bellas playas, volcanes y abruptos valles.



Una visión del balneario Hanauma Bay, de los más famosos de las islas.

A pesar de pertenecer a los Estados Unidos, las islas de Hawaii poseen su propio estigma. De origen volcánico y con un total de 104 ínsulas, no todas pertenecientes a la Unión, el archipiélago tiene una cautivante geografía y representa uno de los territorios isleños más alejados de las masas continentales de toda la Tierra.

Situadas próximas al trópico de Cáncer, ocho son las islas de mayor importancia en Hawaii. La más conocida de ellas es Oahu, especialmente porque allí se hallan Honolulú, la capital, y Waikiki, el centro turístico más desarrollado de toda la región. Luego están Hawaii (la isla Grande), Molokai, Lanai, Niihau, Maui, Kahoolawe y Kauauai, donde se halla el punto de mayor humedad registrado en el globo terráqueo.

Muchos de los nombres que existen en Hawaii han trascendido al mundo entero como soporte de marcas de ropa, tragos, motivos gráficos de *Tshirts,* pero poco se sabe, en estas latitudes, de la cultura y los lugares de aquel mundo no continental. O tal vez, los trascendidos acerca de olas gigantes para *surfistas* o el meneo del famoso baile del *hula*.

La isla Hawaii, más comúnmente denominada la isla Grande, excede en maravillas naturales a lo que uno puede exigir para un territorio semejante. Allí están los únicos dos volcanes actualmente activos de Hawaii, el Kilauea (de 1.219 metros), que contiene el cráter más activo del planeta, y el Mauna Loa, de 4.169 metros sobre el nivel del mar. Como dato curioso se cuenta que las cumbres de las montañas de la isla Grande representan las alturas más significativas de la Tierra desde el suelo oceánico con 9.754 metros.

Hilo es el centro comercial de la isla Grande, la segunda ciudad en importancia de todo Hawaii. La población, de más de 37 mil habitantes, está compuesta principalmente por descendientes de japoneses y filipinos. Por muchos considerada una "ciudad sobreviviente", por el acoso de desastres naturales a los que se ve sometida, provenientes del volcán Mauna Loa y las grandes marejadas oceánicas, Hilo es un lugar rodeado de verde.

La isla de Hawaii posee dos puntos principales de atracción. Uno tiene como centro a Hilo, sobre la costa oriental, lluviosa, y el otro a Kona, en el lado del sol, de clima seco. Hilo se preserva como uno de los sitios de menor caudal turístico de Hawaii a pesar de sus atractivos. En parte se debe a ser la ciudad sobre la que más agua de lluvia cae de todos los condados de Estados Unidos.

La actividad económica principal de aquel lugar son las plantaciones de *macadamia nuts* (un tipo de avellana), orquídeas y caña.

Entre los principales atractivos que posee la isla figuran el Parque Nacional Volcanes de Hawaii, la costa Hamakua –al norte de Hilo–, Kohala y la costa de Kona, la zona turística de la isla Grande, elegida por los reyes de Hawaii antes de que el archipiélago fuese anexado a los Estados Unidos en 1898 (el último monarca hawaiano fue David Kalakaua, quien gobernó entre 1871 y 1894).

Sin duda, los atractivos más popularizados de todo Hawaii, difundidos mayormente por los yanquis, se hallan en la isla de Oahu, empezando por Pearl Harbor, escenario del ataque japonés a las fuerzas militares de los Estados Unidos del Pacífico, en el cual murieron alrededor de 2.300 soldados, donde después se estableció el *Arizona National Memorial*, hoy el sitio más visitado de todo Hawaii.

La isla Grande concentra otra historia. La de, por ejemplo, la costa Hamakua, cubierta de *rainforest* (selva tropical) y de fabulosas cascadas en la región de las plantaciones de caña de Hawaii. El espectacular valle de Waipio, que aparece repentinamente recortado hacia la profundidad, desemboca en la costa del océano Pacífico en alrededor de un kilómetro y medio de costa. Una quebrada que además significó un sitio sagrado de trascendencia para la religión hawaiana, lugar, asimismo, en el que Kamahameha el Grande –líder que sometió a todo Hawaii bajo un mismo régimen en el siglo XVIII– recibió al temible dios de la guerra Kukailimoku. A los costados del valle y, penetrándolo por dentro, es posible acceder, por senderos, a maravillosos saltos de agua que caen de lo alto.

El Parque Nacional de los Volcanes de Hawaii ofrece una faceta diferente aunque también fascinante de la isla Grande, una extensa área cubierta de lava en sus manifestaciones más insólitas. El parque es ideal para realizar caminatas.

Para hacer vida de playa y sociales, la isla de Oahu es la medida justa. Honolulú, capital comercial, política y cultural del estado de Hawaii –con mucho para ver– y el área de Waikiki ofrecen los servicios turísticos más completos de Hawaii y la cercanía de las legendarias olas que hacen de este archipiélago el centro mundial de eventos sobre tablas de *surf*, en Makapuu Beach, Banzai Pipeline o la arriesgada Sandy Beach, muy alejados de las prácticas o los lenguajes hawaianos de origen, pero ya un clásico en las islas.

Wyndham

Se encuentra en Buenos Aires, en viaje de promoción, el señor Mito Rivera, director de ventas del Wyndham Aruba Hotel, ubicado en la isla de Aruba y que posee 444 habitaciones, además de un night club, seis restaurantes, espectáculos y un casino que ofrece todos los juegos de azar. Cuenta, entre otros servicios, con piscina, gimnasio, deportes náuticos, cancha de tenis, acceso al campo de golf y salones para convenciones. Aparte del hotel situado en Aruba, la cadena tiene base en Montego Bay, en Jamaica, Santa Lucía-St Thomas y dos propiedades en Puerto Rico, en San Juan y en Palmas del Mar. La oficina porteña de los hoteles Wyndham posee el teléfono 311-9122.